

de las partes contribuye á la armonía del conjunto, desprendidas del todo, ese mismo color parece dispartado y forma una disonancia con todo aquello de que se le rodea. El estilo del crítico, que debe ser sencillo y corriente, y que muchas veces es vulgar y ordinario, ofrece un contraste que choca con el estilo amplio, atrevido y quizás brusco del autor original. Una cita de tal gran poeta ó de tal grande escritor, encerrada en prosa brillante, lamida y burguesa de determinado crítico, es de un efecto semejante al que produciría una figura de Miguel Angel en medio de las cacerolas de M. Drolling.

Es difícil no tener prevenciones contra esa manía, hoy tan común en nuestros autores, que consiste en reunir imaginaciones siempre distintas y á menudo contrarias para intervenir en la misma obra. Cowley, inducido por el marqués de Twickenham á tomar como colaborador de sus trabajos literarios á no sé cuál oscuro poeta, contestó á su señoría que un asno y un caballo arrastrarían mal un carro. Dos autores pierden casi siempre, uniéndolo en mancomunidad, todo el talento que podrían tener separadamente. Es imposible que dos cabezas humanas conciban el mismo asunto absolutamente de la misma manera; y la absoluta unidad de la concepción es la primera cualidad de una obra. De otro modo, las ideas de los diversos colaboradores chocan entre sí sin unirse, y resulta del conjunto una discordancia inevitable que choca sin que pueda uno comprender por qué. Los autores excelentes, antiguos y modernos, trabajaron siempre solos, y por eso son excelentes.

## FOLLETÍN

Diciembre de 1820.

TEATRO FRANCÉS

JUAN DE BORGOÑA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

Uno de los inconvenientes de los asuntos históricos es, sin duda, el poner trabas á nuestros sabios espectadores. Llegan ante el telón sin saber una palabra de los acontecimientos que van á desarrollarse á su vista, y de los cuales sólo recibe la iniciación superficial de una exposición siempre mal escuchada y mal entendida. En el periódico del día siguiente van los espectadores á saber de qué raza procedía el héroe, á qué familia pertenecía la heroína, en qué país reinaba el tirano, desconcertados si el crítico no disipa su ignorancia, y no les dice como al sirviente Héctor, de qué país era *el galante Séneca*.

Nos dispensaremos de obedecer al uso, primero porque mucho antes de que nos mezclásemos en regentar los teatros, las notas históricas de los folletines nos habían parecido siempre muy fastidiosas; luego, porque decentemente no podemos vanagloriarnos de *historiar* mejor que tantos otros críticos más hábiles que nosotros que nos adelantaron, y con esto, fundándonos en el parecer de Barnes, según el cual basta, para ganar una causa, hallar *dos razones*,

*buenas ó malas, vamos á ocuparnos de Juan de Borgoña.*

Desde las primeras escenas de esta obra, vemos dibujarse tres caracteres principales, lo que produce dos acciones distintas, ó, si se quiere, dos hechos en cuestión diferentes, á saber: la cuestión entre el delfín y el duque de Borgoña, ¿dónde se salvará á Francia?, y la cuestión entre el duque de Borgoña y Valentina de Milán, ¿dónde se vengará la muerte del duque de Orleáns? Además de la inadvertencia de dividir así la atención del espectador presentando dos héroes á su afecto, el autor ha añadido el defecto mucho mayor de no reunir las dos afecciones que resultan, en un solo y mismo interés. Efectivamente, nos muestra al delfín dispuesto á sacrificarlo todo para salvar á Francia, y nos muestra al mismo tiempo á la duquesa dispuesta á sacrificarlo todo, hasta la misma Francia, para salvar á su marido; resulta de ahí que el espectador, que se interesa en una de las dos acciones, no tiene interés por la otra, y recíprocamente, de tal suerte que la mitad de la obra queda herida de muerte. Semejante combinación es tanto más desdichada, cuanto que no era necesaria. Puesto que el autor quería comenzar la obra recordando los crímenes de Juan de Borgoña, idea justa y trágica, no necesitaba la intervención personal de la duquesa de Orleáns; una carta hubiese bastado, y el espectador se hubiera hallado transportado inmediatamente á las animadas escenas del segundo acto, donde verdaderamente comienza la acción de esta tragedia.

Cuando decimos que comienza la acción, comprendemos con pena que usamos una expresión impropia; hubiéramos debido decir, *donde parece comenzar la obra*. En efecto, la nueva tragedia, estimable por otros conceptos, es únicamente, en cuanto al plan, una obra como muchas otras, una tragedia

sin acción, una especie de linterna mágica en la cual todos los personajes corren unos tras otros sin poderse alcanzar jamás.

Así es como, cuando el delfín está deliberando en su consejo, acerca de la acusación dirigida contra el duque de Borgoña, de pronto se presenta éste, y, lejos de justificarse, declara la guerra á su soberano. He ahí una situación; pero ¿qué resultado produce? Ambos partidos se separan entre recíprocas amenazas. Sin embargo, Tanneguy-Duchâtel está allí y deberá asesinar al príncipe más tarde, habiendo podido aprovechar entonces la ocasión. Una de dos: ó el duque de Borgoña tiene medios para apoderarse de la persona de su amo, y entonces, ¿por qué no lo hace?; ó no tiene esos medios, y entonces, ¿por qué se expone, en inútil bravata, á las consecuencias de un primer movimiento, incalculables en cualquier otro personaje que no fuese un héroe tan sufrido como el delfín?

Y luego hallamos la misma situación, pero desprovista de todo cuanto puede darle carácter decisivo. Anuncian al delfín que el duque de Borgoña se ha hecho dueño de París y que se encamina á palacio. El delfín está en peligro; ¿cómo saldrá de él? Nada más sencillo: se va por una puerta y el duque entra por otra. Pero el autor podrá decir: el delfín se deja arrastrar. Y precisamente en eso está el mal; los grandes caracteres deben obrar siempre por su propio impulso; á no ser así, ¿valía la pena de anunciarnos gigantes, si antes habíais tomado la precaución de atarles las piernas?

Sin embargo, el duque de Borgoña queda solo, y se guarda mucho de perseguir al delfín, lo cual le hubiera puesto en la necesidad de vencer ó de ser vencido. Se entretiene en tratar con los Armagnacs, en disminuir las pretensiones de los ingleses, y hasta

en ofrecer empleos al Canciller. Luego marcha á Montereau. De pronto se sabe que aceptó una entrevista con el delfín y que fué asesinado. Es evidente que si el principio de la obra nos puso de manifiesto grandes acontecimientos que sólo produjeron pequeños resultados, la balanza se restablece bien en el último acto, y que sería difícil ver un hecho más importante producido por una causa más ligera y más inesperada.

Acabamos de exponer en pocas palabras el plan de *Juan de Borgoña*, desprovisto de todas las escenas episódicas; nos queda por examinar cómo un autor, que está lejos de carecer de talento, pudo ser conducido á trabajar sobre una urdimbre tan imperfecta.

El defecto del autor procede de haber confundido las dos especies de tragedia, la tragedia de sentimientos y la tragedia de acontecimientos. Basta, para convencerse de ello, establecer entre estos dos héroes algunas de las relaciones naturales de hermano con hermano ó de padre con hijo; vamos á ver desaparecer todas las deformidades de su acción. Por ejemplo, si un hijo acusado de un crimen declara la guerra á su padre, ¿podrá sorprender que ambos personajes, aunque pudiesen exterminarse mutuamente, se separen con simples amenazas? ¿Hay algo vergonzoso en la huida de un padre ante un hijo rebelde? Y si ese hijo perece asesinado á pesar de las órdenes del padre, la situación de éste ¿será menos noble y menos conmovedora? Acabamos, sin darnos cuenta de ello, de referir la aventura de David y de Absalón, una de las más trágicas que se hallan en los libros sagrados.

En el presente caso, desde el momento en que el autor quería presentarnos la muerte del duque de Borgoña, era necesario que escogiese entre las dos hipótesis de un asesinato fortuito ó de un asesinato premeditado. La primera era imposible, toda vez

que una tragedia debe tener principio, medio y fin.

Admitiendo la segunda, era preciso, desde las primeras escenas, presentar la cuestión trágica: ¿será ó no será asesinado el duque? y hacer nacer el interés de la lucha de las circunstancias que le apartan de su pérdida ó que le conducen á ella. Pero, en la tragedia tal cual está hecha, el espectador, llevado de incidente en incidente hacia la catástrofe, sin que nada una la catástrofe á los incidentes, advierte débilmente aquí y allí algunas intenciones dramáticas, algunas combinaciones teatrales que naufragan en el flujo y reflujo de los episodios.

---

Walter Scott oculta su nombre bajo el de Jedediah Cleisbotham. No sé por qué se le critica con tal motivo.

Si un tonto logra celebridad, no suelta dos páginas sin protegerlas con su nombre, esperando que su reputación hará la de su libro, mientras que á menudo la del libro destruye la suya. El hombre de mérito, desde que ha conquistado gloria, evita algunas veces condecorar con su nombre los nuevos escritos que entrega al público. Tiene bastante orgullo para saber que su nombre influiría en la opinión, y bastante modestia para no quererlo. Le agrada permanecer ignorado, para procurarse, en cierto modo, nueva gloria. Hay mucho aspecto de fanfarrón en aquellos guerreros de Homero que al comenzar el combate declinaban sus nombres y sus genealogías; eran héroes más verdaderos, aquellos caballeros franceses que combatían con la visera baja, y no descubrían el rostro hasta que había sido reconocido el brazo.

## LES VOUS ET LES TU

D'APRÈS LA RÉVOLUTION

ARISTIDE À BRUTUS

Quien haga aplicaciones, con  
su pan se lo coma.

IRIARTE.

Brutus, te souvient-il, dis-moi,  
Du temps où, las de ta livrée,  
Tu vins en veste déchirée  
Te joindre à ce bon peuple-roi  
Fier de sa majesté sacrée  
Et formé de gueux comme toi?  
Dans ce beau temps de république,  
Boire et jurer fut ton emploi.  
Ton bonnet, ton jargon cynique,  
Ton air sombre, inspiraient l'effroi;  
Et, plein d'un feu patriotique,  
Pour gagner le laurier civique,  
Tous nos hameaux t'ont vu, je croi,  
Fraterniser à coups de pique  
Et piller au nom de la loi (1).

(1) ¿Te acuerdas, Bruto, di, de aquel tiempo en que, cansado de la librea, viniste con la chaqueta rota á unirte al buen pueblo-rey, orgulloso de su sacra majestad y formado por mendigos y bribones como tú? En aquella hermosa época de república, tu empleo consistió en beber y jurar. Tu gorro, tu lenguaje cínico, tu aspecto sombrío inspiraban espanto; y, lleno de ardor patriótico, para ganar el laurel cívico, todos nuestros villorrios te vieron, según creo, fraternizar á lanzadas y saquear en nombre de la ley.

Las! l'autre jour, monsieur le prince,  
Pour vous parler des intérêts  
D'un vieil ami de ma province,  
J'entrai dans votre beau palais.  
D'abord, je fis, de mon air mince,  
Rire un régiment de valets;  
Puis, relégué dans l'antichambre,  
Tout mouillé des pleurs de décembre,  
J'attendis, près du feu cloué,  
Et, comme un sage du Pirée,  
Opposant, de tous bafoué,  
Au sot orgueil de la livrée  
La fierté du manteau troué.  
On m'appelle enfin. Je m'élançe,  
Et l'huissier de votre grandeur  
Me fait traverser en silence  
Quatre salons «dont l'élégance  
Egalait seule la splendeur».  
Bientôt monseigneur, plein de joie,  
Je vois, sur des carreaux de soie,  
Votre altesse en son cabinet,  
Portant sur son sein, avec gloire,  
Un beau cordon, brillant de moire,  
De la couleur de ton bonnet (1).

Quoi! c'était donc un prince en herbe  
Que mon cher Brutus d'autrefois!  
On vous admire, je le vois;

(1) Cansado el otro día, príncipe y señor, para hablaros de los intereses de un antiguo amigo de mi provincia, entré en vuestro hermoso palacio. Primero, al ver mi aire torpe, un regimiento de lacayos se rió de mí. Luego, relegado en la antecámara, empapado en las lágrimas de diciembre, esperé clavado junto al fuego, y como un sabio del Pireo, opuse al tonto orgullo de los criados que se burlaban de mi continente, la dignidad de la capa agujereada. Me llamaron al fin. Corrí rápido tras el ujier de vuestra grandeza, quien me hizo pasar silencioso por cuatro salones, «cuya elegancia igualaba tan sólo al esplendor». En el acto, rebosando alegría, ví sobre cojines de seda á vuestra alteza en su gabinete, llevando en el pecho, con gloria, una hermosa banda brillante de muaré, del color de tu gorro.

Votre savoir passe en proverbe;  
 Vos festins sont dignes des rois;  
 Vos cadeaux sont d'un goût superbe;  
 Homme d'état, votre talent  
 Eclate en vos moindres saillies,  
 Et si vous dites des folies,  
 Vous les dites d'un ton galant.  
 Quant à moi, je ris en silence;  
 Car, puisqu'aujourd'hui l'opulence  
 Donne tout, grace, esprit, vertus,  
 Les bons mots de votre excellence  
 Etaient les jurons de Brutus.  
 Adieu, monseigneur, sans rancune!  
 Briguez les sourires des rois  
 Et les faveurs de la fortune.  
 Pour moi, je n'en attends aucune.  
 Ma bourse, vide tous les mois,  
 Me force à changer de retraites;  
 Vous, dans un poste hasardeux,  
 Tâchez de rester où vous êtes,  
 Et puissions-nous vivre tous deux,  
 Vous sans remords, et moi sans dettes (1).

Excusez si, parfois encor,  
 J'ose rire de la bassesse  
 De ces courtisans brillants d'or  
 Dont la foule à grands flots vous presse,  
 Lorsque, entrant d'un air de noblesse

(1) ¡Cómo! ¡Era, pues, un príncipe en ciernes aquel querido Bruto de otros tiempos! Se os admira, lo veo; vuestro saber es proverbial; vuestros festines son dignos de los reyes, y vuestros presentes de un gusto soberbio; hombre de Estado, vuestro talento se muestra en el menor de vuestros chistes, y si decís locuras, lo hacéis en forma galante. Yo reiré en silencio, puesto que hoy la opulencia lo procura todo, gracia, talento, virtudes. Las gracias de vuestro tiempo eran sus antiguas blasfemias. Adiós, monseñor, sin rencor; procurad las sonrisas de los reyes y los favores de la fortuna; no los espero yo. Mi bolsa, vacía todos los meses, me obliga á cambiar de retiro; vos, en un puesto peligroso, procurad continuar donde estáis, y ojalá podamos vivir los dos, vos sin remordimientos, y yo sin deudas.

Dans les salons éblouissants  
 Du pouvoir et de la richesse,  
 L'illustre pied de votre altesse  
 Vient salir ces parquets glissants  
 Que tu frottais dans ta jeunesse (1).

¡Cuántos desdichados, que hubieran podido hacer algo mejor, decidieron hacerse escritores, porque al cerrar un hermoso libro se habían dicho: yo también podría hacer otro tanto! Y esa reflexión no probaba nada más sino que la obra era inimitable. En literatura, lo mismo que en moral, cuanto más bella es una cosa más fácil parece. Hay algo en el corazón del hombre que le hace tomar á veces el deseo por el poder. Por eso considera fácil morir como d'Assas ó escribir como Voltaire.

Si Walter Scott es escocés, sus novelas bastarían para hacérselo saber. Su amor exclusivo por los asuntos escoceses demuestra su amor por Escocia; apasionado de las costumbres antiguas de su patria, se resarce, describiéndolas con fidelidad, por no poder seguir las con religiosidad, y su piadosa admiración hacia el carácter nacional estalla hasta en su complacencia al detallar sus defectos. Una irlandesa, lady Morgán, se presentó, por decirlo así, como rival natural de Walter Scot, obstinándose, como él, en no

(1) Excusadme si algunas veces aun me atrevo á reir de la bajeza de esos cortesanos recamados de oro cuya muchedumbre os empuja, cuando, entrando con aire digno y noble en los salones brillantes del poder y de la riqueza, el ilustre pie de vuestra alteza ensucia el enlosado que barriais siendo joven.

tratar más que asuntos nacionales (1); pero hay en sus escritos mucho más amor por la celebridad que afecto hacia su país, y mucho menos orgullo nacional que vanidad personal. Lady Morgán parece describir con placer á los irlandeses; pero hay una irlandesa á quien pinta sobre todo y continuamente con entusiasmo, y esa irlandesa, es ella. Miss O'Hallogan en *O'Donnell*, y lady Clancare en *Florenzia MacCarthy*, no son otra cosa más que lady Morgán, adulada por sí misma.

Es preciso decirlo, frente á los cuadros llenos de vida y de calor de Scott, los croquis de lady Morgán no son más que pálidos y fríos bosquejos. Las novelas históricas de esa señora se dejan leer; las historias romancescas del escocés se hacen admirar. La razón es sencilla; lady Morgán tiene bastante tacto para observar lo que ve, bastante memoria para retener lo que observa, y bastante agudeza para decir oportunamente lo que ha retenido; su ciencia no va más allá. De ahí que sus caracteres, bien trazados algunas veces, no sean sostenidos; junto á un rasgo cuya verdad sorprende, porque lo ha copiado del natural, hallaréis otro que choca por lo falso, y es lo que ha inventado. Walter Scott, por el contrario, concibe un carácter, y quizás sólo observó de él un rasgo; le ve en una palabra, y le pinta del mismo modo. Su excelente juicio hace que no se extravíe, y lo que crea es casi siempre tan verdad como lo que observa. Cuando el talento llega á ese punto, es más que talento; también puede reducirse el paralelo á dos palabras: lady Morgán es una mujer de talento; Walter Scott es un hombre de genio, un ingenio en el sentido más lato de la palabra.

(1) Debe exceptuarse, sin embargo, su novela sobre Francia.

## SAN CARLOS EN 1820

—Je disais l'an passé: Voici le jour de fête,  
Charles m'attend; je veux, ceignant de fleurs ma tête,  
M'offrir avec ma fille à son premier coup d'œil;  
Quand ce jour reviendra, ramené par l'année,  
Si je lui porte un fils, fruit de mon hyménée,  
Mon bonheur sera de l'orgueil.

L'année a fui; voici le jour de fête!  
Est-ce une fête, hélas! que l'on apprête?  
Qu'est devenu ce jour jadis si doux?  
De pleurs amers j'ai salué l'aurore;  
Pourtant un Charles à mes vœux reste encore,  
J'embrasse un fils, mais je n'ai plus d'époux.

Veuve, deux orphelins m'attachent à la terre.  
Mon bien-aimé près d'eux ne viendra pas s'asseoir;  
Ils ne dormiront pas sous les yeux de leur père.  
Et j'irai sur leurs fronts, plaintive et solitaire,  
Déposer le baiser du soir (1).

O vain regret! félicité passée!  
Voici le jour où, sur son sein pressée,

(1) Decía yo el año pasado: Hoy es la fiesta. Carlos me aguarda: quiero, adornando de flores mi cabeza, ofrecerme con mi hija á su primera mirada; cuando vuelva este día, traído por el año, si le llevo un hijo, fruto de mi himeneo, mi felicidad se convertirá en orgullo. El año ha huído; hoy vuelve á ser fiesta. ¿Pero ¡ay! es una fiesta lo que se prepara? ¿Qué se ha hecho de aquel día antes tan grato? Con amargo llanto saludé la aurora; por más que un Carlos para mis deseos queda aún, pues abrazo á un hijo, pero ya no tengo esposo. Viuda, dos huérfanos me atraen á la tierra. Mi amado no volverá junto á ellos á sentarse; no dormirán á la vista de su padre, mas iré solitaria y llorando á posar sobre sus frentes el beso de la tarde.